





LA CONJURA  
DE LOS HERMANOS



Carlos Javier Carnicer

LA CONJURA  
DE LOS HERMANOS



Primera edición: abril de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Javier Carnicer

ISBN: 978-84-18663-60-4

ISBN digital: 978-84-18663-61-1

Depósito legal: M-9501-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España





# I

## UNA CARTA INCONCLUSA

Acababa de caer la noche cuando Henry Lamarq llegó a la posada de La Cierva Roja, en la calle de los Agustinos, muy cerca ya de la de Montmartre, y sin apenas cruzar palabra con su posadero y concuñado maese Mordal, se encerró en su aposento y comenzó a escribir apresuradamente un billete.

Al señor Don Juan de Forcada,  
capitán del Tercio del Maestre  
de Campo Don Pedro de Paz.  
De París, a 12 de junio 1583.

Escribo la que tenéis en vuestra mano con harto cuidado y prisa en procurar terminarla antes que mis enemigos, que son sinuosos y potentísimos, me acaben la vida, y fiada a la leal persona de mi paisano, concuñado y viejo camarada Eugéne Mordal, en cuya casa de la rúa de los Agustinos tengo al presente mi posada, al cual le he hecho encargo particular de que se la haga llegar a vuestra merced si me aconteciere lo que temo.

Debe entender vuestra merced cómo me vine a Francia por mandato del príncipe de Parma para cosas de su servicio y el de su majestad de las que no puedo darle ahora cuenta por la premura del tiempo y ser estos negocios tan

intrincados y secretos como le podrá comunicar la propia persona de su excelencia, si es esta su voluntad. Que solo puedo decirle ahora que los dichos negocios han resultado ser más oscuros y llenos de asechanzas de lo que yo a lo primero me prometía, pues que en medio de los tales he venido a entender cómo algunos de los enemigos y émulos que el príncipe tiene por estas partes, celosos de la justa gloria que va alcanzando con sus hechos y de verle ir saliendo con tan buen suceso de todas las empresas que acomete contra los rebeldes de esos Estados de Flandes, se han concertado en matarle a traición por la mano de hombre de quien nunca se esperaría.

Y, pues que saben cómo conozco y tengo bien entendido su intento y las señas de la persona que lo lleva a su cargo, ha días que me tienen puestas espías y sicarios para que me acaben la vida antes que pueda dar este aviso cierto. Que la última vez que lo procuraron fue la pasada noche. Y solo con mucho favor de la fortuna escapé a su designio, que acaso sea esta la postrera ocasión que me queda para escribirle a vuestra merced advierta al príncipe de Parma de estas tramas. Pues sé cómo él fiará mucho en vuestra palabra por el gran amor y alta opinión en que os tiene. Y así las señas de la persona que ha de ir a lo que tengo dicho son las de uno de los que al presente sirven a su excelencia en Flandes, de entre los más reputados y del que menos se sospecharía su mala intención, que es hombre de edad de treinta y cinco a cuarenta años, de nación española, y que no es quien a todos dice ser, pues que esconde su verdadero nombre y...

Lamarq se interrumpió al escuchar el tumulto abajo, miró en torno suyo en busca de sus armas, y antes de ponérselas cogió el papel, lo dobló, se encaramó en la ventana que daba al patio y lo ocultó debajo de una teja del alero que sabía quedaba suelta.

Después calculó la altura que habría de la ventana al patio, arrojó su espada por delante para no lastimarse con ella en la caída y, flexionando las piernas, saltó como pudo, dio con los pies en el suelo y cayó rodando por el impulso del salto.

Cuando recuperó su espada y empezó a correr en busca del portalón por el que se salía a la calle el vocerío estaba ya en el aposento que acababa de abandonar, y vio a uno de los hombres que le perseguían asomando su cabeza por la ventana y disparando contra él, casi sin detenerse a apuntar, con un pistolete.

Lo último que escuchó antes de ganar la calle fueron los gritos de maese Mordal, que, en medio de mil insultos a los asaltantes de su posada, voceó:

—¡Ponte en salvo, Henry!

Lamarq volvió la cabeza y sonrió a estas palabras del posadero. Pero al traspasar el portalón se encontró ante tres hombres emboscados que le aguardaban con las espadas desenvainadas.



## II

# LA BATALLA DEL DIQUE DE STEENBERGEN

—Señor, un correo del embajador en París dice trae despachos para el príncipe de Parma.

Juan Antonio Camargo, cuartelmaestre del ejército español, se burló:

—Mal momento ha escogido ese correo para presentarse con sus despachos, y aun me maravilla haya podido alcanzar a llegar hasta aquí sin que le hayan degollado en el camino.

El correo se presentó como Luis Laguna ante el cuartelmaestre, quien lo observó con curiosidad.

—Alcancé Lier —explicó Laguna con naturalidad—, y allí me dijeron se había partido el príncipe a Roosendaal, y llegado en la dicha villa me informaron había marchado con todo el ejército en persecución del mariscal de Biron, que creían estaba la vuelta de Steenbergen.

—Y en todo os dijeron verdad —replicó Camargo—, como vuesa merced puede ver. Mas me espanta vuestro valor y la fortuna que habéis tenido en llegar en salvo hasta aquí. Que bien satisfecho ha de quedar el señor embajador Tassis de ser servido por correos tan valientes que no temen llegarse en medio de la batalla.

—¿Batalla? ¿Dónde está la batalla? —se asombró el correo.

—Ante vos la tenéis si queréis verla, que, aunque se os represente solo veis un ejército reposando la fatiga de la marcha desde

Roosendaal y comiendo lo poco que hemos acertado a traer para sustentar la jornada, os certifico que no pasarán dos horas antes de que veáis a estos mismos soldados que ahora yacen aquí tranquilos cerrando con el ejército de los rebeldes y haciéndole gran mortandad.

—Si me perdonáis el atrevimiento, señor —repuso Laguna—, no veo aquí número bastante de ellos para pugnar con el ejército del mariscal de Biron, que oí decir en Roosendaal no bajaba el suyo de los diez o doce mil hombres.

—¡Además de esforzado correo, veo es vuesa merced buen espía! —rió Camargo—. El príncipe de Parma habrá de recompensaros doblemente: por los despachos que tan a riesgo de vuestra vida le traéis, y por este aviso que por mi medio le daréis de las fuerzas del mariscal.

—Y aun le digo a vuesa merced —continuó el correo— que, sin hacer cuenta de los franceses, suizos e ingleses, los más de los escoceses y holandeses que van en su ejército son soldados viejos y muy pláticos, que no será cosa fácil romperles. Demás de que se están fortificando a toda furia en un dique a media legua larga de la villa de Steenberg.

Camargo abrió mucho los ojos observando al correo y luego le rogó que le acompañara a la presencia del príncipe de Parma.

Alejandro Farnesio, príncipe de Parma y gobernador general que representaba la persona de su majestad católica Felipe II en los Países Bajos, comía y reposaba junto a sus hombres como uno más, sin desdeñar la compañía del menor de los soldados. A pesar de su aspecto deliberadamente relajado, Farnesio iba midiendo el tiempo para sí con secreta precisión. Si no regresaba antes de media hora el caballero entretenido Martín de Villalba, a quien había enviado a tomar noticia del paradero de las fuerzas de Biron, daría orden de formar los escuadrones y ponerse en marcha hacia Steenberg de inmediato.

Tras el intento fracasado de apoderarse de Amberes en enero de este año de 1583, el duque de Alençon, hermano del rey

de Francia Enrique III, que poco antes había sido jurado señor de Brabante y protector de los Estados rebeldes de Flandes en su guerra contra Felipe II, se retiró dejando todo su ejército a las órdenes del mariscal *monsieur* de Biron, que ahora luchaba a sueldo de los Estados. Cuando el príncipe de Parma conoció que el ejército de Biron y el de los Estados se habían unido cerca de Roosdaal, no dudó ni un momento en salir a romperlo. Pero el francés, a pesar de su superioridad, no quería tentar a la suerte en un combate frontal con los españoles, y había maniobrado a toda prisa esquivando el combate y buscando la protección de la villa de Steenberg.

Camargo se aproximó a Farnesio seguido del correo y le habló confidencialmente un minuto. Al punto, el príncipe se separó de todos y se quedó un momento a solas con el correo. Inmediatamente después de hacerlo, convocó a los de su cámara y a los capitanes, y ordenó que formaran los escuadrones y reiniciaran la marcha.

El correo quedó algo sobrecogido por el efecto inmediato que habían tenido sus palabras en el príncipe.

—Excelencia —se atrevió a interrumpir la catarata de órdenes del príncipe—, se le olvidan los despachos.

—Bien pueden esperar ahora —respondió Farnesio—, que no es este momento de leer despachos. Pero dejádmelos y decida vuestra merced si quedará su persona con los nuestros o pondrá en mayor riesgo su vida regresando ya adonde el embajador Tassis.

—Excelencia, tengo orden de acudir con vuestra respuesta a los papeles que os traje.

—Entonces quedad con los de mi cámara y seguidnos en esta jornada, pues hasta que no esté acabada como yo lo espero no podré ocuparme en las respuestas. ¿Sabéis portar una pica?

Los escuadrones se pusieron en orden y comenzaron a avanzar en formación a buen paso, con el ánimo encendido por el deseo de pelear al lado de este nuevo Alejandro cuyas hazañas recordaban las del macedonio.

Llevaban andada media legua bajo el tórrido calor del día cuando al fin se presentó Martín de Villalba con noticia del lugar donde se encontraba *monsieur* de Biron, que confirmó punto por punto lo que ya había anunciado el correo.

—Son obra de doce mil hombres de las naciones francesa, holandesa, inglesa y escocesa, más los suizos, todos mezclados, repartidos en cuarenta y ocho banderas y tres estandartes, y se están fortificando en un dique a una media legua de la villa de Steenberg, en lugar tan fuerte que bien pudiera ser defendido contra cien mil hombres, cuanto más contra los apenas cuatro mil que lleva vuestra excelencia. Tienen nueva de que les vamos acercando, y han hecho una cortadura en el dique para inundar el paso a su posición.

—Por ardua que sea la empresa —repuso Alejandro—, debemos cerrar con ellos en ese maldito dique, pues peor nos estaría que se arrimaran a la protección de las murallas de la villa de Steenberg, que si son tantas sus fuerzas nunca podríamos rendir.

Farnesio llamó a Pedro de Castro, gentilhombre de su cámara, y le ordenó que saliera a galope a meter prisa al tercio de Pedro de Paz para que avanzara hacia ellos y se interpusiera entre *monsieur* de Biron y la línea de retirada de este hacia los muros de Steenberg.

Después de hecho esto, ordenó al capitán de arcabuceros españoles a caballo García de Olivera que avanzase en vanguardia con su compañía y cerrase contra un cuerpo de guardia del enemigo que estaba a la vista y que había quedado en el camino.

—Con un poco de fortuna —aseguró Farnesio— encendemos una buena escaramuza que les entretendrá mientras acude Don Pedro de Paz con su tercio de españoles.

La compañía de arcabuceros se desplegó, y al momento se lanzó una primera hilera contra el cuerpo de guardia de los rebeldes. El polvo de la galopada se mezcló con el de los disparos de la arcabucería de los jinetes, respondido por el de los infantes enemigos.

Agotado el único disparo que podían hacer los arcabuces de mecha, cuando llegaron hasta la posición de sus enemigos la pelea se resolvió a espada contra pica, y en el momento en que el impul-

so de la carga se agotaba, la primera hilera volvió grupas y regresó a sus posiciones de inicio en el mismo momento en que la segunda hilera se cruzaba ya con ellos; como en una coreografía muchas veces ensayada, descargaba sus arcabuces de una vez y luego desfundaba las espadas para rematar la faena en una tormenta de filos y caballos al galope.

A la segunda oleada, los hombres del mariscal de Biron perdieron el ánimo y volvieron las espaldas a los españoles, corriendo en busca de la protección del resto de su ejército. La tarea se hizo así más fácil para los experimentados jinetes de García de Olivera, que persiguiendo a los huidos podían acabarlos con sus espadas o tomarlos prisioneros casi a discreción.

Pero al irse dispersando en la persecución, quedó a la vista toda la compañía de García de Olivera, y desde la posición del ejército enemigo se hizo evidente entonces el poco número de los que les atacaban, avergonzándoles que tan pocos hubiesen puesto en fuga todo su cuerpo de guardia. Así que, al punto, desde el cuerpo principal del ejército de Biron, comenzaron a salir escuadrones de caballería francesa decididos a vengarse de los osados arcabuceros españoles.

Los jinetes de García de Olivera detuvieron su avance y procuraron reagruparse y retroceder ante lo que se les venía encima. Pero desde lejos, Alejandro Farnesio, que estaba desde el principio a la espera de esto, ya había dado orden al resto de la caballería española para que acudiera a trabar una buena escaramuza con la del mariscal, y tras ella mandó que lo hiciera también la caballería valona.

El choque de las dos fuerzas se generalizó con cargas y contracargas, y cuando cada bando veía que los suyos comenzaban a flaquear, enviaba nuevos escuadrones de refuerzo que entretenían la escaramuza y la encarnizaban.

La lucha venía durando ya cuatro horas, desde las tres de la tarde, y se acercaban las siete cuando los soldados del mariscal de Biron empezaron a desesperar de romper a los católicos, a pesar

de su menor número. De repente, todavía lejos de la batalla, pudo oírse ya el sonido amedrentador y marcial de las cajas de la infantería española del tercio de Pedro de Paz tocando rítmicamente mientras se acercaban a toda prisa contra ellos.

Antes de que hubiera llegado a estar a la vista el tercio español, los escaramuceadores franceses tocaron retirada y se lanzaron a la carrera en busca de la protección del dique, perseguidos por las caballerías española y valona que gritaban victoria y Santiago. Pero una rociada de arcabucería procedente de las trincheras los detuvo en seco, seguida de una tromba de agua vaciada desde la cortadura del dique, que anegó pronto la tierra y trabó los movimientos de las caballerías.

Las primeras del tercio en llegar fueron las compañías de arcabuceros de Carlos de Meneses, Sancho Martínez de Leyva, Diego Rodríguez de Olivares y Juan de Forcada. Detrás venían las de mosqueteros de Juan de Rivas y Diego de Arango. El príncipe de Parma las recibió con todo el contento imaginable, y se reunió brevemente con el maestre de campo Pedro de Paz y los capitanes para ponerles al tanto de la situación y decidir rápidamente lo que harían.

Los recién llegados, a pesar de la fatiga de la veloz marcha bajo el despiadado sol, habían olisqueado ya la batalla y, mientras recuperaban el resuello, se revolvían de ganas de entrar en acción. El capellán Miguel Hernández, de la compañía de Jesús, rezó el avemaría repetido por cientos de roncadas y resacas gargantas de soldados viejos de las compañías españolas, tras lo cual Alejandro Farnesio llamó aparte al capitán Juan de Forcada.

Siempre que se encontraba ante Forcada, Parma experimentaba una extraña incomodidad. El capitán español era de poco más o menos su misma edad, algo por debajo de la cuarentena, ligeramente más alto que el príncipe y de cuerpo esforzado y bien proporcionado. Su persona tenía un aire reservado y digno, y la mirada, en exceso directa y perspicaz, resultaba inquietante de entrada, antes de que le diera tiempo a dulcificarla con una cortesanía que

desconcertaba aún más a Farnesio, pues no parecía adquirida en los cuarteles y los burdeles, sino precisamente en la corte.

Al español no debían de irle ahora bien las cosas, pues fuera de un hermoso medallón labrado que colgaba de su cuello vestía al borde de lo que es decoroso en un gentilhombre, mucho más pobremente de cómo el príncipe recordaba haberlo visto en otro tiempo. Farnesio anotó el detalle en su memoria, diciéndose que la próxima vez que —como era su costumbre— repartiera algunas de sus mejores ropas y armas entre los suyos, debía recordar que se le diera algo al capitán Forcada, quien sin duda apreciaría la merced como el honor que realmente era.

Pero no era su aspecto lo que más le intrigaba de este capitán español, sino la certeza, revivida en cada ocasión en que volvía a echarse a la cara, de que lo conocía de otro tiempo. La exactitud de su memoria rara vez engañaba a Farnesio, que recordaba con facilidad los rostros, los nombres y el lugar de origen de hasta el último soldado con el que hubiera cruzado unas palabras en algún momento. Aquella cara la había visto, acaso solo fugazmente y por encima, antes de reencontrarla en Flandes, cosa de veinte años atrás, durante el tiempo que él mismo vivió en España. Incluso podía asegurar dónde la había visto: en la corte del rey, entre los pajes y caballeros de la entonces esposa de Felipe II, Isabel de Valois. Muchas veces había estado tentado de referírselo al propio Forcada, pero siempre le disuadía de hacerlo una fuerte prevención en contra que iba más allá de la convicción de que un príncipe no ha de ser nunca el primero en sacar a relucir el conocimiento previo de la persona de uno de sus servidores.

—Señor de Forcada —le habló al fin Farnesio—, vuestra compañía y la de Don Sancho Martínez deben atacar de través el dique por el pantano que allá veis. Que, aunque será difícil desguzar por él, de vuestro coraje y del de vuestros hombres me prometo yo la más feliz victoria que se pueda imaginar. Y lo ejecutaréis al tiempo que veáis más trabada la lucha en nuestra línea principal, que de la sorpresa que llevarán los enemigos con cerrarles vos por ahí confío yo que les romperemos.

Tras invitarle a acercarse al mapa de campaña y darle todos los detalles de lo que esperaba hiciera su compañía en el inminente encuentro, y como muestra de su confianza, Farnesio pidió al capitán que se quedara a su lado mientras ordenaba a los miembros de su cámara y al resto de los mandos del ejército que entraran a escuchar el plan de batalla.

Una vez hubo atendido todos los pareceres que allí se expusieron, pero sin variar un ápice sus órdenes, el príncipe de Parma se fue despidiendo de cada uno de ellos con su característica afabilidad, haciendo un breve aparte según iban marchando en el que animaba a cada cual a ejecutar la parte que le tocaba en la empresa, como si la suya fuera la más esencial para ganar la victoria.

Después se encaminó hacia el lugar en el que descansaba de su rápida marcha el tercio de españoles de Pedro de Paz. Instantáneamente, los soldados se incorporaron, callaron súbitamente y le abrieron un lugar en medio de ellos para que su presencia tocara a todos. Con su voz grave y serena, que se imponía más por la convicción y la llaneza con que hablaba que por su potencia, Farnesio les dijo:

—Soldados y queridos amigos: el considerable trabajo que habéis padecido en esta jornada, caminando tan largo camino en medio de este tórrido calor, me mueve a la piedad. Habéis sufrido mucho, pero os he ordenado pasar por estos trabajos para conducirnos a una hermosa victoria sobre los enemigos de nuestra religión católica, de vuestro rey y mío. Acordaos de los altos hechos que habéis realizado en otras ocasiones, igual de penosas. Tratad así de hacer lo mismo hoy y no desfallezcáis hasta alcanzar esta victoria que todos deseamos. Manteneos firmes de alma y de cuerpo contra todos vuestros enemigos y lograd la anhelada gloria señoreando esos miserables diques para hacer nacer la victoria. Cerrad con ellos con coraje, diciéndoos a vosotros mismos que esta es la jornada en la que Jesucristo debe haceros inmortales para, luego, contaros entre el número de los elegidos. Esforzaos en hacer obra digna de vuestra nación española: vosotros que sois los primeros

en disciplina, en gloria y en reputación. ¡Yo estoy presto a seguirlos en persona en todo, y a morir con vosotros si preciso fuera!

Un ronco grito de aclamación respondió a las palabras de Alejandro, y un minuto después las compañías se habían formado sin que ningún capitán hubiera tenido que dar orden alguna. A continuación, los españoles del tercio de Pedro de Paz cargaron contra el dique con tal furia que al primer asalto ganaron las trincheras del mariscal de Biron y degollaron en cuestión de minutos no menos de seiscientos enemigos. Las compañías de alemanes y valones, arrastradas por su ejemplo, se sumaron con no menor coraje a la refriega general. Se degollaba en las trincheras y en lo alto del dique sin tregua ni cuartel mientras la noche iba oscureciendo la terrible escena y la voz de la victoria se iba corriendo de garganta en garganta al ver cómo nada se resistía a su avance.

En cambio, la caballería dirigida por el marqués de Richebourg cedió inopinadamente al empuje desesperado del mariscal de Biron y un centenar de sus mejores jinetes en una alocada carga que amenazaba con barrer del dique a los católicos. El príncipe de Parma, que había subido al dique como uno más, no pudo contener el movimiento de pánico de sus hombres y, lleno de ira, bajó a galope a encararse con el marqués y los jinetes que retrocedían.

—¡Malditos horadados! —gritaba descomedidamente Alejandro, interponiéndose en su camino y lanzando cuchilladas contra sus propios jinetes como si quisiera matarlos allí mismo—. ¿Por qué volvéis grupas al enemigo ahora que todo pende de apretarles recio como es vuestro deber? ¿Dónde está ese bellaco del marqués de Richebourg?

Abochornado, el marqués se presentó ante Farnesio con la cabeza gacha, que ofreció al general con las de todos sus hombres si en algo le había deservido.

Alejandro no aplacó su cólera ante él, y continuó cubriéndolo de insultos tan fuertes que los que fueron testigos de la escena no se atrevieron a levantar los ojos del suelo. Y esto a pesar de que todos sabían que, además de ser el general de la caballería, el

marqués de Richebourg había salvado la vida del príncipe dos años antes, poniéndole sobre aviso de una conjura urdida por *monsieur* de Hesse para asesinarle mientras pasaba revista a sus soldados.

—¡Volved por vuestro honor y el de su majestad, y ganad el campo que tan cobardemente habéis abandonado al enemigo! ¡Y esto luego, señor marqués!

La lucha duraba aún en el dique, donde los rebeldes habían herido de un picazo al capitán Juan de Rivas al tiempo que las compañías de Focada y Martínez de Leyva cargaban de través contra el dique, tal como se les había ordenado. La llegada por el pantano de los arcabuceros españoles, disparando a una y luego cargando contra ellos, terminó de desbaratar a los hombres de Biron, que aprovechando que ya era casi noche cerrada se retiraron al amparo de unas casas fortificadas que les cubrieron la retirada, y comenzaron a retroceder tan deprisa como pudieron buscando el amparo de la villa de Steenberg.

Conquistado el dique, la noche se pasó en escaramuzas de reconocimiento por ver qué parte del ejército enemigo había quedado sobre el campo, y en recoger a tientas heridos y muertos propios y desvalijar los del enemigo.